

Visiones diabólicas.

¡Cañones! ¡Municiones! ¡Más cañones!, gritan en coro los pueblos beligerantes. Y desde hace cerca de dos años, casi todas las maquinarias que antes servían en el mundo para producir elementos de vida, se encuentran consagradas a crear instrumentos de muerte. Los Gobiernos directamente interesados en la formidable carrera hacia el abismo han requisado de una manera implacable hasta los más humildes tornos particulares, hasta los más modestos martillos pilones de la industria privada. Los ejércitos que trabajan son tan numerosos como los que combaten. Para ayudar a la mano de obra tradicional, experta y fuerte, se ha recurrido a todas las colaboraciones improvisadas. Las mujeres, que ayer no parecían capaces sino de coser, de bordar, de liar pitillos, de vender flores, manejan ahora los útiles de acero perfeccionados, y con sus dedos ágiles combinan la delicada relojería de los percutores. Y no es sólo en las naciones que luchan donde esta fiebre manufacturera lo invade todo. En los pueblos neutrales también se trabaja día y noche para la guerra. De América y de Asia los barcos vienen cargados de municiones, de cañones...

*
* *

¡Cañones! ¡Municiones!... Con las que se fabrican en un día hubiera bastado para todas las guerras de todos los siglos pasados. Hoy, en cambio, los jefes se quejan de no tener nunca bastantes, de verse obligados a miserables y peligrosas economías, de no poder llevar a cabo su labor de cataclismo.

«No hubiera podido nunca la mente humana adivinar lo que este conflicto habría de exigir como armamentos», dice el ministro Salandra, hablando de las batallas del Trentino. ¿Y qué son esas acciones, en su grandeza relativa, si se comparan con las tormentas de hierro y de fuego del frente ruso o del frente francés? Los ingleses mismos ignoran aún las titánicas voluptuosidades de Verdun o de Lutzk. Y, sin embargo, esta maravillosa isla británica está convertida en un taller inmenso, y todo lo que ese taller produce, sus tropas lo gastan día por día, hora por hora, clamando siempre:

— ¡Municiones! ¡Cañones! ¡Más cañones! ¡Más municiones!...

*
**

Desde Folkestone hasta Londres, y desde Londres hasta Plymouth, en nuestras rápidas peregrinaciones, no hemos estado nunca dos horas sin encontrarnos ante alguna de las infinitas manifestaciones de la actividad productora del gran pueblo de operarios militares. A veces son interminables cilindros de hierro que pasan en sus plataformas, haciendo temblar los carriles; a veces son convoyes enormes de vagones llenos de cajas misteriosas, marcadas «war»; a veces son cureñas ligeras amontonadas en camiones descubiertos; a veces son chimeneas de altos hornos perdidas entre las espesuras

de los bosques; a veces son llamas de fraguas en las inmediaciones de las ciudades; a veces son desfiles de trabajadores, guiados por funcionarios vestidos de kaki... Y cuando uno exclama: «¡es fantástico tamaño esfuerzo!», siempre hay alguien para murmurar a nuestro oído: «Eso no es nada...; hay que esperar...; dentro de seis meses...» Entonces, sin poderlo remediar, uno piensa en el soplo de locura que conmueve a Europa y que, obligándola a renunciar a toda labor fecunda, la precipita en un torbellino de fuego que es cada día mayor y que siempre parece pequeño, que siempre irá aumentando, que devorará todas las energías, que consumirá todos los elementos...

*
**

¡Cañones, cañones!... ¡Con cuánto entusiasmo habla esta gente fría de los nuevos monstruos de acero que salen de sus arsenales!... Hace un instante, en un depósito de la Intendencia, ante un tubo de 12 metros de largo, un oficial que no había abierto aún la boca, animóse de pronto y nos dijo:

— Ahí tienen ustedes nuestro obús de 300 milímetros, el más nuevo, el más rápido, el más seguro... Con un ángulo de tiro de 45 grados, dispara proyectiles de 318 kilos, animados por una rapidez inicial de 945 metros al segundo... Su trayectoria, con una elevación enorme, es de más de 30 kilómetros...

Y luego agregó:

— Pero todavía tenemos que hacer algo mejor, algo más estupendo... El coronel Ingallo, en Francia, ha demostrado que con una rapidez inicial de 1.200 metros por segundo, un proyectil que sale de una pieza colo

cada en un ángulo de 45 grados, describiría una trayectoria de 78 kilómetros, con un punto culminante de 29 kilómetros... Hasta ahora, esto no ha pasado de ser una teoría... Pronto será una realidad... Todo depende de los ensayos que se llevan a cabo en varios países para neutralizar los efectos de la temperatura de la explosión y del choque de la deflagración... ¡Hay tantos problemas que parecían más difíciles que se han resuelto al fin!... Sí..., sí... Yo espero ver el ensueño de Ingalls convertido en realidad...

*
* *

Poco a poco, en efecto, el genio diabólico del hombre va realizando las más espantosas quimeras. Los sabios no trabajan ya en sus laboratorios para salvar a la Humanidad de sus miserias y de sus dolores, sino que se desvelan buscando los gases más deletéreos, los líquidos más inflamables, los explosivos más horrendos, los metales más resistentes. Matar hombres no es nada en nuestra época. Para eso cualquier arma antigua sirve. De lo que se trata es de remover las montañas, de aniquilar las ciudades, de provocar, en una palabra, revoluciones geológicas. Hay que haber visitado los campos de las recientes batallas para darse cuenta de lo que es la artillería moderna. Bosques, carreteras, pueblos, ríos, todo ha desaparecido en lugares como Carency, como Metzeral, como Duaumont. Y para lograr tamaños resultados es preciso que las naciones se consagren a la nueva, a la única industria europea que existe: a la fabricación de cañones y de municiones.

*
* *

En Inglaterra, este movimiento industrial ha causado quizás mayor entusiasmo que el movimiento militar. Con orgullo de país de acero y de máquinas, la Gran Bretaña entera ha respondido al llamamiento de Lloyd George mejor que al de lord Derby. El ingeniero que va a acompañarnos en nuestra visita a algunos arsenales, nos dice, lleno de orgullo:

— Nuestra producción aumenta de día en día de un modo increíble, y estamos seguros de que dentro de algún tiempo ya no tendremos necesidad de recurrir a la industria extranjera. El ejemplo, en esto como en casi todo lo relativo a la guerra, nos viene de Francia, y nuestro ministro de las Municiones es el primero en rendir el más cumplido homenaje a las lecciones de M. Albert Thomas. Hay entre nosotros tradiciones de trabajo que parecían difíciles de vencer para llegar a una labor verdaderamente uniforme. El Gobierno ha creado en dos años treinta y dos manufacturas nacionales. Dentro de poco tendremos cincuenta. Pero además de esas fábricas fundadas con los recursos del Estado, disponemos de otras dos mil quinientas en plena producción, que pertenecen a personas o Compañías particulares. Todo el material que podía transformarse o aprovecharse se halla en actividad. Cerca de un millón de operarios, hombres y mujeres, están consagrados a la formidable labor. El problema de la mano de obra ha sido, naturalmente, el más arduo de resolverse. Ha habido que reservar a los especialistas para las labores delicadas, y como no los teníamos en número suficiente, hemos recurrido a los ingenieros y contra maestres belgas que han podido salir de su patria. Los Sindicatos han tratado de ponernos obstáculos. Por fortuna, la opinión pública nos ha apoyado con un ardor admirable, y, gracias

a ella, todo se ha allanado. Las garantías que las leyes actuales del trabajo han suspendido serán restablecidas después del conflicto. Las «Trade-Unions» lo saben, y por eso no hay ningún conflicto que temer. Nuestro deseo es llegar a tener un especialista por cada diez operarios. Cuando lo logremos, podremos equipar y armar mejor que ninguna otra potencia a nuestros cinco millones de soldados... No descansamos un momento... Hay que producir en cantidades enormes los cañones, las municiones... Ya verán ustedes... Hasta las Compañías de ferrocarriles nos han cedido sus talleres, renunciando a sus propias ambiciones de engrandecimiento, para permitir que nuestra producción se intensifique todo lo posible. De un modo general, puede decirse que los industriales han obrado con un patriotismo perfecto... En Glasgow, algunas casas han renunciado en favor de la Cruz Roja a sus beneficios. En otras ciudades se nos han concedido tarifas más bajas de lo que nosotros habíamos propuesto. Muchas fábricas, en fin, nos piden que no las paguemos sino después de la guerra... El arsenal que vamos a ver hoy es uno de los más importantes. En 1914 tenía 12.000 obreros y ahora tiene cerca de 100.000... De aquí salen nuestros más grandes cañones...

*
* *

Apenas penetramos en la primera galería, una sensación de vértigo invade nuestros ánimos. En el espacio infinito todo gira, todo palpita, todo cruje, todo rechina, todo se crispa, todo arde, todo chisporrotea, todo huye... Nuestra vista no encuentra un punto fijo en el cual pueda reposarse un segundo la mirada... Es un caos fugitivo hecho de correas que bajan del techo, de llamas

que se escapan por las bocas de los hornos, de volantes que trepidan, de tornos que aúllan mordidos por el cincel, de yunques que se estremecen bajo el martillo, de crisoles que derraman torrentes de luz, de cuerdas sin fin que se enroscan en los tubos de acero, de plataformas aéreas que corren arrastrando masas gigantescas de metal candente, de carros que pasan, de palancas que se inclinan... Y en medio de tan fantástico desbarajuste, millares de seres humanos, iluminados diabólicamente, aparecen cual legiones de condenados en un infierno voluntario. Hay aquí hombres de todas las edades: hay ancianos de rostros dolorosos, hay mozos en la plenitud de la vida, hay adolescentes rubios, de ojos infantiles. Pero las que más nos apiadan son las mujeres, las innumerables mujeres, jóvenes y viejas, feas y hermosas, cuyas manos nos parecen demasiado frágiles para el trabajo del hierro y del fuego.

*
* *

— Son las más felices — murmura nuestro guía.

Y luego nos explica que, entre sus muchas calamidades, la guerra habrá tenido, por lo menos, la ventaja de redimir al sexo débil de la especie de reclusión delicada y despreciativa en que el mundo lo tenía. Hoy, en efecto, las obreras que ayer, cosiendo o bordando, se morían de miseria, han conquistado en la gran industria sus cartas de naturaleza y ganan jornales pingües, sin matarse como antes.

— Lo curioso y lo maravilloso — agrega el mentor de nuestro grupo — es que estas labores formidables son mucho menos penosas que las del taller de costura. Aquí, en apariencia, cada operario lleva a cabo labores

titánicas, ¿no es cierto?... ¡Tanto acero!... En realidad, la fuerza la ponen las máquinas, y la mano del hombre sólo requiere habilidad... Es una faena delicadeza, no rudeza... Hasta los cañones... Vean ustedes...

*
* *

Colocado en un torno inmenso, un bloque de 12 metros de largo gira, movido por dos cadenas que le imprimen un impulso tembloroso y epiléptico. A veces la masa se detiene, se estremece y quiere rebelarse contra la energía que la domina y la tortura. A veces el movimiento se acelera, y de la boca del bloque salen rizos argentinos que se desparraman con un rumor quejumbroso. A veces la misma boca vomita torrentes de líquido negro, como si su interior férreo sangrara. A veces en las entrañas del monstruo hay un largo desgarramiento doloroso... Porque es realmente un monstruo el cañón que nace así en este infierno, y las doce muchachas que lo asisten en su eclosión, son doce princesas encantadas que disponen de secretos mágicos para vencer la dura materia con sus manos cloróticas.

—¿Se acuerda usted de la Santa Catalina de d'Annunzio? — le pregunto a Valdeiglesias ante el cuadro emocionante —. La bienaventurada pone sus pálidos dedos en la rueda de su propio martirio, y lo hace con tanta dulzura, según el poeta, que parece posarlos en las teclas de un clavicordio... Algo por el estilo se me figura contemplar ahora. Esas inglesitas rubias, manejando ese monstruo, tienen suavidades acariciadoras... Vea usted cómo vierten el aceite; vea usted cómo se acercan a las cadenas; vea usted cómo se apoyan en las palancas de la máquina horadora... ¿No nota usted un gran orgullo

en sus gestos lentos y escrupulosos?... Yo noto orgullo y placer.

En los ojos de mi noble compañero hay una ligera ironía, que Fabián Vidal traduce diciéndome:

— Usted es siempre el mismo.

*
* *

Como un espectáculo sobrenatural, esta manufactura de muerte me alucina con su ruido, con su incoherencia, con su vértigo, con su olor acre y tenaz. Sin poderlo remediar, pienso en lo que tan grandes esfuerzos metódicos representan de barbarie refinada, y ante cada bomba, ante cada cañón, ante cada fusil, evoco la imagen del hombre que mañana va a sucumbir en un campo lejano.

Algo de fiebre me hace contemplar la visión horrosa de lo que, en último término, representa la labor de las mujeres que, inconscientemente, inocentemente, colaboran a la universal carnicería. Y cuando nos dicen que entre las obreras del arsenal hay algunas que pertenecen a la aristocracia y que son voluntarias manejadoras de máquinas sanguinarias, recuerdo que la extraña heroína del *Jardín de los Suplicios* también era inglesa y también acariciaba con voluptuosidad los instrumentos del verdugo.

— Es un ejemplo admirable de patriotismo — oigo murmurar a los que hablan de las ladys aquí empleadas.

Sin duda...

Pero yo prefiero el ejemplo de las que, vestidas de enfermeras, emplean sus energías suaves en vendar heridas.

¿Que esto es puro sentimentalismo, vago y vano?
Sin duda...

¿Que no hemos venido aquí para soñar ensueños de
un evangelismo casi budista?
Sin duda...

*
*
*

Después de observar la formidable masa de acero de un cañón, mis amigos se detienen ante una mesa que es como el mostrador de una joyería. Hay en ella infinidad de piezas menudas y lucientes: anillos de oro, anillos de plata, pendientes en forma de corazones, guardapelos bruñidos, espirales de relojería, dedales minúsculos... Nada más inofensivo y nada más femenino en apariencia. Nada más propio para divertir a una niña...

— Reuna usted las piezas — ordena un contraamaestre a una operaria.

Los dedos ágiles superponen y atornillan diez o doce objetos de ésos, muy menudos, muy áureos, muy finos. Los labios rubios dicen:

— Ya está.

Entonces, ante nuestra vista aparece un tintero de bronce de una forma elegantísima. Es, nada menos, el fulminante que hace estallar la granada.

Este juego de trágicas frivolidades no dura sino un instante. Apenas volvemos la vista hacia el fondo de la galería, las correas nos precipitan de nuevo en el torbellino de la obscura materia hirviente, candente y trepidante. He aquí, a nuestros pies, en un foso de ladrillo, la famosa máquina para cargar los hornos. «Es — dice un escritor técnico y pintoresco — una tortuga enorme

que resbala sobre dos ruedas y que, en su aparente lentitud, lleva a cabo una labor formidable. Con una especie de trompa de elefante coge los crisoles llenos de metal y los introduce en el fondo del horno.» La trompa va y viene, sin lograr nunca llenar por completo ese antro de las Danaides.

— ¿Dónde va todo el metal? — preguntamos.

— Vengan ustedes — nos contestan, haciéndonos bajar a un sótano.

*
*
*

Ahí, de pronto, nos encontramos ante el cuadro más grandioso y más terrible que puede soñarse. De una altura de tres metros, una catarata de acero en fusión precipítase en un tanque. Una luz blanca, cegadora, convierte el espacio en una ascua. Las chispas, irisadas, vuelan sobre nuestras cabezas. El techo, el suelo, el aire, todo fulgura, todo titila, todo crepita. Un rugido sordo sube de las entrañas de la tierra y nos hace creernos en el cráter de un volcán en plena actividad. Un grito obliganos a retroceder de veinte metros. Una espuerta de cemento refractario detiene el torrente. El tanque bulle, tranquilo un instante, con una nitidez de espejo. Al fin, algo cae en su centro, y de la linfa alba élévase un surtidor que hace pensar en algún juego de aguas del más fantástico de los parques de *Las mil y una noches*. No es sólo el acero, en efecto, lo que ahí luce, líquido y chisporroteante. Son todas las piedras preciosas, todos los zafiros, todos los rubíes, todas las esmeraldas, todos los diamantes, todos los topacios, los que, mezclando sus fuegos en un borbollón altísimo, nos

obligan a cerrar los ojos incapaces de resistir a tanta belleza, a tanta luz, a tanto esplendor.

*
**

Al salir de esa caverna, al despojarnos del manto de llamas que durante algunos minutos nos ha envuelto el cuerpo, yo experimento penosas sensaciones de desnudez y de vahido. Me parece que algo de mi voluntad y de mi fuerza se ha quedado ahí, fundido, y las palabras de nuestro guía no llegan a mis oídos sino cual un rumor sordo y confuso. ¿De qué nos habla?... ¿Qué nos propone ver?... ¿Es posible que nuestros ojos puedan interesarse en algún espectáculo humano después de haber penetrado en los misterios infernales del fuego?...

— Vamos a ver cómo se hace una granada — me parece que nos dicen.

*
**

Una granada... Pero ¿qué granada?... Porque aquí las hay de todas clases, de todos tamaños, de todas formas. Las hay tan pequeñas, tan finas, tan pulidas y tan brillantes, que parecen pisapapeles para escritorios de damas; y las hay también que son más grandes y más gordas que un hombre gordo y grande. Las hay que tienen líneas de ánforas griegas, esbeltas, casi femeninas de contornos. Las hay con aletas, cual torpedos reducidos. Las hay redondas, como bombas; cuadradas, como cajas de conservas; largas, como botellas de Borgoña. Las hay que llevan argollas para colgarse en los aeroplanos, y las hay que poseen mangos para ser manejadas lo mismo que mazas explosivas.

— Escojamos lo más corriente — nos dice nuestro guía.

*
**

Y comenzamos a asistir al trabajo fantástico, increíble, fatigoso por lo largo y lo nimio, de la transformación de un trozo de acero de 77 milímetros de diámetro en proyectil. Una cuchilla gigantesca corta en cilindros de un pie de largo una barra negra. Cada cilindro va a colocarse en una máquina perforadora, y la labor se inaugura lenta, muy lenta. Del alma de hierro, que canta una canción aguda y quejumbrosa, salen, entre chorros de aceite, largos rizos de plata. El torno va horadando poco a poco, poco a poco, hasta que el *lopin* se convierte en un tubo. Este tubo pasa a otra máquina, que le hace, por fuera, una ranura en la cual otra máquina embute un anillo de cobre. Luego, otra máquina estrecha la boca de la granada, dándole un elegante corte de ojiva. Pero esto no es todo. Aún hay que ver máquinas, aún hay que observar los perfeccionamientos de la cosa infernal. Para que la lydita o la melinita no ataquen al hierro con sus cristales de picrato, lo que podría determinar una explosión poco *plausible*, según la terminología de los técnicos, hay que dar un baño de estaño interior al proyectil. Ahí está la máquina que se encarga de esa misión delicada. Al salir del baño, es preciso que otra máquina lime las escorias peligrosas del metal. ¿Creéis que es la última?... No, señor. Todavía quedan otras máquinas para practicar la espiral en que el detonador se atornilla, para dar el peso exacto a la masa, para arreglar la parte que se introduce en la cápsula... Y cuando todo eso está hecho, aun se trata de

poner la montera de bronce y de aluminio, formada de diez o doce piezas delicadísimas que determinan la distancia y la altura a la cual debe, de un modo matemático, producirse el rompimiento.

— Ya ven ustedes...— exclama nuestro guía.

*
* *

En realidad, no hemos visto fabricar un proyectil. No hemos hecho más que ver máquinas y más máquinas, en las cuales está metamorfoseándose un *lopin* de columna para convertirse en proyectil de cañón. Si quisiéramos asistir a las transformaciones completas de un simple 77, tendríamos que emplear el día entero. Porque esas granadas, que con tanta liberalidad gastan las baterías en el frente, esas granadas, que caen por centenares de miles en las trincheras, cuestan un trabajo infinito a los operarios y a las operarias de las fábricas.

Nuestro guía agrega:

— Vamos ahora a observar cómo se cargan los proyectiles.

*
* *

En una galería, un millar de mujeres trabajan en esta tarea, que a nosotros nos parece peligrosa. No hay nada tan natural, después de todo, como encargar a las manos delicadas de pesar y amasar la dinamita o la cordita. Los hombres, siempre más bruscos...

Nuestro guía se ríe...

— ¡Buena está la delicadeza!— murmura.

Yo contemplo, entonces, a una rubia de ojos infantiles, que, después de llenar un cilindro negro de una

materia blanca, coge un martillo y da tres o cuatro golpes enérgicos en la boca del proyectil.

— ¿Es dinamita eso?— pregunto.

— Es una materia terrible— me contestan—. Es lydita o algo por el estilo..., ya usted sabe..., una mezcla de ácido pícrico y de trinitrotolnol... o de clorato de potasa y de dinitrotolneno..., una cosa diabólica, en fin, que cuando estalla produce temperaturas inverosímiles... Pero ya usted nota que, antes de que el fulminante despierte en ella sus instintos neronianos, no hay nada más inofensivo. Fíjese usted en aquellas muchachas que cortan, sin la menor delicadeza, unas piltrafas húmedas... Con lo que una de ellas tiene entre los dedos, bastaría para hacer saltar esta galería entera... Es fulmicotón, nada menos...! Y, o mucho me equivoco, o por aquí debe haber también thermita..., sí..., la espantosa thermita incendiaria, que provoca un calor de 5.000 grados, así, como quien no dice nada..., un calor cuatro mil veces mayor que el de una fragua... Para los torpedos aéreos, lo que se emplea es el trotyl..., un encanto... Acérquense ustedes... Toquen ustedes...

No sin algo de aprensión, ponemos las manos, tímidamente, en los montones de cristales, de ungüentos y de sales que han de destruir mañana Dios sabe cuántas aldeas y que ahora están aquí, en estas mesas de pino, tan tranquilos como los más suaves ceratos y las más inofensivas drogas...

*
* *

— ¿No hay a veces accidentes?— pregunto.

Nuestro guía no me entiende. Para él, los únicos ac-